

SOBRE LA SUBJETIVIDAD

"El lapsus no responde a educación alguna, simplemente habla en el momento menos pensado".

DR. HORACIO C. FOLADORI

La subjetividad se ha convertido en un tema obligado de las ciencias sociales; proliferan publicaciones, revistas, anuarios sobre el tema y desde diversas posturas se investigan sus alcances, sus efectos, su incidencia en las actividades humanas, en las artes y en las letras, en el pensamiento y en la cotidianidad.

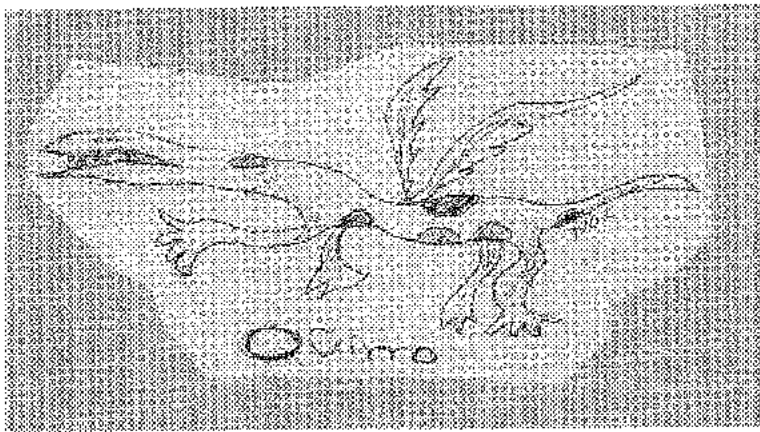
En todo caso, conviene comenzar por precisar que la subjetividad no tiene nada que ver con ese sentido peyorativo que se cuele muchas veces en lo científico; cuando se califica a lo objetivo como lo científico y a lo subjetivo como lo no científico, como lo intuitivo, como una apreciación personal carente de representación, como arte de un pensamiento vulgar despreciado por la ciencia constituida, etc. La

subjetividad no es aquello que proviene del continente de los afectos en oposición a lo que emana de la racionalidad del pensamiento. No es lo que muestra la espontaneidad a diferencia de aquello meditado y planificado. Se podría decir que la subjetividad no es lo que las más de las veces se cree que es. La subjetividad, como se verá, tiene que ver con la problemática del ser, con lo simbólico, con el problema de la verdad. Por ello, el estudio de la subjetividad reviste singular interés para la ciencia y en lo específico de las ciencias sociales y de la educación, resulta imprescindible para comprender los límites de la investigación así como las conclusiones que se pueden extraer de sus estudios.

Para iniciar su abordaje es conveniente reflexionar sobre ciertos fenómenos del lenguaje de singular valor; no tanto por lo que muestran sino por lo que encubren. El prototipo de los fenómenos del lenguaje a que se hace referencia lo constituye el *lapsus lingue* aunque también se podría lo mismo del *lapsus auditivus*. El *lapsus* ocurre como un "error" del habla, como una "falla" en la que como afirma el vulgo "hay una equivocación porque se dijo una cosa por otra". Ahora bien, que se ha dicho una cosa por otra resulta más que evidente, que hay una "equivocación" es algo acerca de lo que se puede reflexionar ya que suponer un "equivoco" es casualmente tener una determinada teoría de cómo ocurren las cosas o de cómo no ocurren. Se puede ir en busca de ayuda para dilucidar el problema. En la escuela se enseña a los niños que toda oración remite a un sujeto (aquello que habla) y a un predicado (aquello de lo que se habla). Así, toda oración tiene un sujeto y un predicado; más allá de que en algunos casos el sujeto pueda estar presente o estar elíptico, siempre es posible determinarlo con precisión. Se puede hablar así del sujeto del enunciado. Pero cuando se produce un *lapsus* se genera un problema singular: tenemos un enunciado que carece de sujeto, o lo que es similar, es posible preguntarse por el sujeto de la enunciación. Tal vez un ejemplo pueda aclarar un poco el problema. Cierta vez, un profesional fue designado para inaugurar un importante simposio.

En su momento, sube al estrado y luego de algunas palabras introductorias dice "...en este acto de clausura...", ocasionando una sonora carcajada en todos los asistentes. Si bien el distinguido profesional tenía claramente en mente decir "yo (sujeto del enunciado) acto de inauguración." hubo un momento en que determinadas palabras (acto de clausura) fueron dichas, desplazando aquellas que habían sido pensadas (acto de inauguración). El *lapsus* se impuso como si un volcán hubiese emergido desde algún lugar desconocido y con tal fuerza que no pudo ser controlado. El *lapsus* no responde a educación alguna, simplemente habla en el momento menos pensado. Pero, no habla de cualquier cosa; no se trata en realidad, de que se diga cualquier palabra en lugar de otra.

El *lapsus* tiene una lógica que tiene un sentido que es inmediatamente captado por la concurrencia ya que es del orden de la verdad. La carcajada unánime muestra lo jocoso de la situación ya que el distinguido profesional ha quedado "mal parado"; toda la



solemnidad no le alcanza para controlar las profundas ganas que tiene de no estar allí, de haber podido terminar con el simposio lo antes posible más que verse en la obligación de inaugurarlo, quisiera echar por tierra toda la formalidad y pasar a una relación más horizontal con el resto de los participantes, en fin, el *lapsus* ha puesto de manifiesto la verdad de la situación, le ha dado un nuevo sentido. Verdad porque se impone construyendo un nuevo sentido que coherentiza el existente. Verdad también porque su aparición destruye el "conocimiento" anterior. El *lapsus* descentra el tema, hace que la atención se focalice sobre la ilusión, reordena el campo en cuestión. Verdad transitoria como toda la que la ciencia produce hasta que se produzca otra que dé cuenta de la situación de manera más rigurosa. Verdad buena, hasta que se encuentre otra que sea mejor. Una discusión profunda y a la vez ordenada del problema de la verdad desde la perspectiva filosófica, puede encontrarse en A. Schaff. (1).

Entonces, es posible demostrar que el *lapsus* no es una "equivocación", no se trata de un "error" o confusión. Allí no hay "error" posible ya que la "elección" del *lapsus* no es al azar.

No se trata de un estado de "confusión mental", como le gustaría comotarse a algunos: no es un problema de patología o psicopatología ya que ocurre en todos los mortales que se precian de tener lenguaje. Se trata de un fenómeno cotidiano, común, simple, en el cual la persona que lo comete se desnuda en el nuevo sentido que su decir adquiere. No puede agregar nada para "arreglar la situación", todo está dicho y los destinatarios del mensaje han comprendido algo que no estaba en los planes del emisor; ha quedado al descubierto la verdad de la situación, del sentir; ha quedado plasmado en ese acto una determinada realidad.

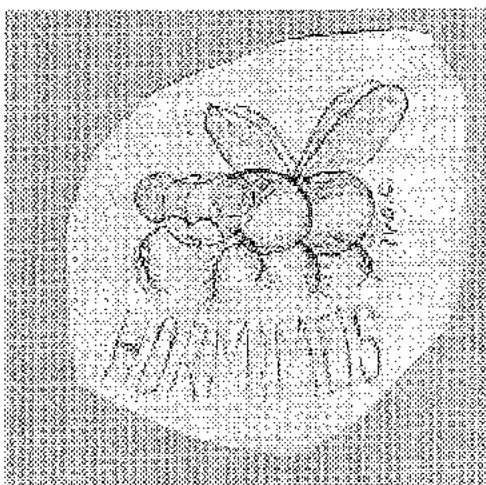
La hipótesis del "error" denuncia a su vez la ingenuidad de creer que en el psiquismo las cosas pueden ocurrir de cualquier manera, por casualidad. En todo caso, el interés de la ciencia es muy otro, tiene que ver con interrogarse acerca de los fenómenos y de sus causas, conocerlos y predecirlos. Suponer una "equivocación" es, además de banalizar el problema, obturar la curiosidad que interroga su naturaleza, que apela a la búsqueda de sentido, descartar un problema que involucra como se verá la naturaleza del ser.

El sujeto del enunciado podría preguntar: ¿Quién habló en lugar mío? ¿Quién dijo eso? ¿Quién me interrumpió y se metió en mi discurso?

Porque el problema es que yo (sujeto del enunciado) no fui el que habló. Yo no fui.

Es decir, el sujeto del enunciado tiene dificultades para responsabilizarse de "eso que fue dicho". Y aparece sobre el tapete la posibilidad de otro sujeto (el sujeto de la enunciación) que además, y para peor, de resultar un vil desconocido, impertinente, desconsiderado, prepotente y alcahuete, lo que dice resulta la verdad. El sujeto del enunciado aparece como desfasado con respecto al sujeto de la enunciación. Hay una distancia visible entre el lugar del sujeto y "lo que se dice", que si bien se cuele en el discurso, es dicho, es expresado por el sujeto del enunciado, **no lo puede reconocer como propio**. Otro habló en mí, pero ese otro algo tiene que ver conmigo, con el lugar del desconocimiento, con la diferencia entre lo que creo que soy y esa verdad acerca de lo que soy que el *lapsus* denuncia.

Las consecuencias de este problema son muy significativas ya que el análisis conduce irremediabilmente a tener que afirmar que el sujeto del enunciado, ese yo desde el que hablamos, se constituye como un lugar ilusorio, un lugar que se sostiene mientras ocurra un *lapsus*. Ante tal contingencia, el sujeto se desvanece ya que la verdad se impone por sola presencia. El sujeto del enunciado surge desvalido, inerte e incapaz de confianza o al menos revestido de una confianza totalmente transitoria hasta que el *lapsus* no lo ubique en "su sitio". Es el lugar de la ilusión, de lo que el sujeto cree y de lo que cree hacer, pero ante una racionalidad que ha perdido todo estatuto, ante el borramiento de la planificación (el *lapsus* destruye aquello que se tenía planeado decir-hacer) y de las buenas intenciones (el *lapsus* muestra otras intenciones, otros deseos, otra realidad). En suma, se puede afirmar que el sujeto ha sido puesto en entredicho; duro golpe al narcisismo del hombre. La voluntad ha quedado entre paréntesis. Es conveniente señalar que el ejemplo del *lapsus* se constituye como una metáfora, de esta constitución desfasada del sujeto, en el entendido de que hay otras manifestaciones que revisten a su vez el mismo valor, adquieren también la propiedad de mostrar la presencia más que permanente y persistente del sujeto de la enunciación. Así, los olvidos, los sueños, los actos fallidos, los chistes, los delirios, los síntomas, etc., que revisten singularmente la misma estructura que el *lapsus*, son capaces también de anunciar y denunciar este lugar ilusorio del sujeto del enunciado y la presencia del poder del sujeto de la enunciación. Se ha llegado así al mismo punto de partida de la reflexión acerca de la subjetividad que redistribuye las problemáticas en torno a la naturaleza del ser.



¿Es posible desconocer lo desarrollado? ¿Se puede rebatir de manera coherente lo planteado? Por ello, se afirmaba que esta distancia entre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación es constitutiva del ser, es la naturaleza misma del hombre que ha perdido su unidad, su control sobre sí mismo, su voluntad y su conciencia. La ilusión del dominio y de control es meramente transitoria ya que cuando aparece el *lapsus*... se podría decir que nacemos disociados, escindidos y que nuestro yo cabalga sistemáticamente sobre la duda y sobre la ilusión. Soy otro del que me creo que soy y

opero siempre desde este lugar ilusorio si bien mantengo la ilusión de que soy dueño de mis actos y de que soy el que creo que soy. No tengo más remedio que hacerlo así, si bien resulta devastador el golpe que se produce sobre ese sujeto cuando, por ejemplo, el *lapsus* demuestra que la verdad acerca de mi ser está en otro lugar del que creí estaba.

Como puede apreciarse, esta estructura disociada, fundante, abre una angustiante interrogante acerca de la definición de la identidad ya que pareciera que siempre soy otro y de que esa permanencia a la que la identidad alude no es más que una máscara, máscara que construyó que lejos está sobre el ser.

Podría decirse que es la diferencia entre el compromiso y el involucramiento. El sujeto del enunciado se compromete pero el sujeto de la enunciación es el que está involucrado. Tal vez un chiste pueda mostrarnos esta diferencia. Resulta que en una asamblea de los animales se decide realizar una fiesta y se solicita que cada uno traiga algo. La gallina exclama "yo pongo los huevos". El león, presidente de la asamblea comenta "Ud. Está comprometida". La vaca dice "yo pongo la leche". "Ud., está comprometida también", agrega el león. El chanchito anuncia "Yo pongo el tocino". "Ud. si que está involucrado"

Esta situación particular de la naturaleza del ser constituye un tema de profundo interés para la cultura, el saber, etc. Cuando se habla de la subjetividad se alude a esta "manera de conocer" que es completamente diferente de las formas habituales de conocer, cuando se supone que el conocimiento tiene que ver con un proceso racional, saturado de intelectualismo, guiado, voluntario y consciente. Porque ahora resulta que el que supuestamente conoce, empieza por no conocerse y cada lapsus da cuenta de un nuevo aspecto desconocido.

Si el sujeto del enunciado es un lugar ilusorio, es por tanto un lugar de desconocimiento y resulta que con ese sujeto es con el cual se realiza toda la investigación. O sea que se pretende conocer con un instrumento que está "mal hecho", que está construido de manera fallida desde el inicio y sobre el que no existe posibilidad de reparación. Esta problemática ya reconocida por las ciencias exactas (Einstein y Heinsberg) aún es resistida por las ciencias sociales que pretenden ser más realistas que el rey tapando el sol con un dedo.

Sin embargo, desde diversos sectores de las ciencias sociales surgen reiteradas insistencias de que la problemática de la subjetividad debe ser considerada al menos, para no pecar de ingenuos. Levi-Strauss desde la antropología estructural, Loura y Mendel desde el análisis institucional, Freud y Lacan desde el psicoanálisis, Pichón-Rivière desde la psicología social, Foucault y Deleuze desde la filosofía y muchos otros, han levantado sus voces para criticar la senda de la epistemología newtoniana que guía los pasos de la sociología y la psicología en un irónico cientifismo anacrónico. Es más, últimamente Deveraux desde la etnopsiquiatría ha concluido luego de un singular estudio (2) que es probable que toda la etnografía de campo (toda ciencia social) tal como se la practica en la actualidad, pudiera ser solamente una especie de autobiografía.

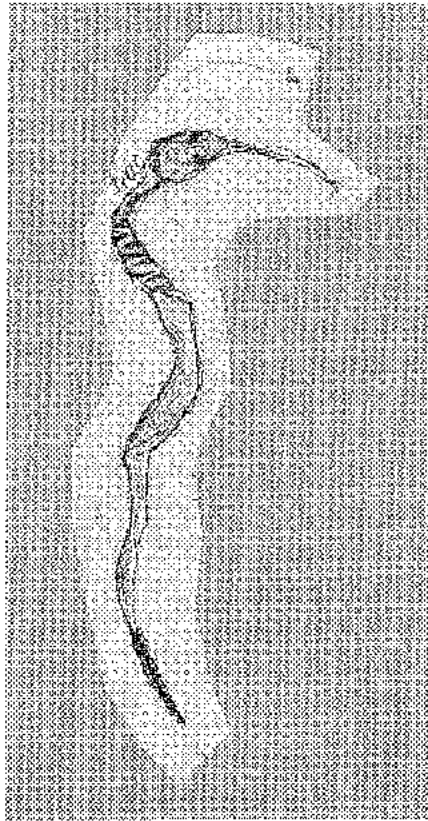
Si bien este planteo puede resultar algo irritante sobre todo para aquellos que no les gusta verse involucrados resulta indispensable como buenos científicos, al menos comenzar por reconocer el problema que no por ignorarlo, deja de existir. Su consideración abre un abanico de alternativas acerca de la necesidad de considerar nuevos criterios de verdad tanto como reconceptualizar lo que se entiende por objetividad, rescatando así

el mismo el lugar del observador como un lugar involucrado, o en el decir de los analistas institucionales, implicado. El mismo Deveraux termina afirmando que la objetividad es la subjetividad, destruyendo la clásica disociación sujeto-objeto y reformulando el paradigma para incluir nuevos puntos de vista. El problema de la objetividad devuelve el centro del tema a la encrucijada acerca de la construcción de conocimientos. Es evidente que la percepción algo tiene que ver en ello y también parece lógico suponer una determinada acción de esquemas preestablecidos para organizar las percepciones. J. Piaget. Es partidario del constructivismo (3), a su vez, F. de Saussure decía " que el punto de vista crea el objeto", lo cual resulta natural si se parte de la importancia del lenguaje en el acto de conocer:

Crear el objeto es ponerle nombre. Para Bordieu (4) el objeto es algo a construir con los instrumentos que la ciencia tiene a disposición. Así, rompe de manera decidida con el planteo positivista que postula que el objeto se le encuentra o se le descubre lo que supone que el objeto está ya dado en la naturaleza y en el mundo. Para el enfoque materialista, en tanto el hombre construye su mundo y se modifica en este intercambio, produce la ciencia; la construye del mismo modo que es capaz de edificar una casa o crear obras artísticas. Es importante dejar planteado el tema ya que este espacio no es

el más adecuado para su elucidación, si bien corresponde abrir a la encrucijada que el mismo implica.

La problemática de la subjetividad ha resultado enriquecedora de todo aquello que tiene que ver con el desarrollo de la cultura, de las manifestaciones artísticas, de las producciones históricas del hombre y de su cotidianidad. Los procesos sociales siempre habían sido leídos como procesos mecánicos, en los cuales la subjetividad resultaba siempre como efecto. Y el caso es de que los hombres se movilizan a partir de cómo se imaginan que son, no a partir de cómo son en verdad. La investigación del tema del imaginario social (tan abandonado en nuestro medio) (5) podría aportar respuestas al enorme desafío que constituye la problemática social en general y sobre la educación en particular y coadyuvar al cumplimiento de los objetivos tan ambiciosos que tienen que ver con las propuestas de calidad.



El que la subjetividad se desarrolle en el campo del lenguaje plantea una limitación muy oportuna. Se desmantela de un golpe toda la discusión acerca de "la naturaleza" del ser humano como un ser animal más. El lenguaje constituye un fenómeno de cultura ya que siempre se habla de una determinada lengua, incluso a la lengua originaria se le denomina "lengua materna". Claro está, se habla del lenguaje como efecto de cultura y no como característica de la especie que es biológica. Así, el origen social del hombre a diferencia del resto de las especies de la escala zoológica queda perfectamente delimitado y toda discusión acerca de lo natural carece de sentido. Este es un nuevo golpe a la ilusión de que el observador opera como un sujeto neutro o que es posible estudiar "lo natural" del ser humano.

Todo investigador lo hace ya marcado por la escritura lingüística general así como por la lengua particular en la que nació y con esos instrumentos piensa. La palabra es la que permite en realidad poder observar, no se puede observar aquello para lo que no se tiene palabra. Hay que comenzar por ponerle nombre a las cosas.

Por último, corresponde precisar que a la luz de las aportaciones que se han comentado la eterna búsqueda de "objetividad" se transforma en un problema bastante más complejo del que se ha planteado hasta el momento. Se hace necesario abrir a una discusión más amplia y menos superficial acerca de las posibilidades de la objetividad y de sus condiciones. La ciencia no puede desarrollarse a partir de las buenas intenciones sino de los hechos. Suponer que se puede ser objetivo (en el sentido más tradicional del término) es ubicarse más allá de lo social, más allá del mundo del lenguaje, más allá del ser humano concreto, más allá de las determinaciones de la cotidianidad, más allá del *lapsus*, más allá de la cultura, todo lo que conduce a una posición idealista. ¿Cuál es el poder que el investigador se abroga que le permite colocarse al margen de la cultura?

Efectos de la subjetividad en la investigación

¿Qué planteos pueden deducirse acerca de la incidencia de la problemática de la subjetividad en la investigación en general, y en la investigación en la educación en particular?

Puede afirmarse que los planteos realizados acerca de la vida trastornan completamente el clásico enfoque sobre cómo investigar. Ya no es posible partir del supuesto de que el investigador se encuentra ajeno al objeto empírico de estudio.

Aquellos planteamientos en los que se aconsejaba "borrarse" como sujeto para no "teñir" el campo observado, que ponían el énfasis en la necesidad de mantener la neutralidad del investigador, carecen por completo de validez. Ya no es posible sostener una postura "aséptica", "alejada" del fenómeno, ya que toda observación modifica substancialmente el objeto de investigación.

Y más aún si se piensa en el terreno de la educación en el cual el acto educativo se asienta en una relación profesor-alumno que involucra a ambos por igual. En este sentido, educar no puede ser nunca ajeno a cómo fue educado el investigador ya que su objeto de estudio tocará aspectos históricos acerca del sujeto que se educó. El trabajo sobre otros es siempre un trabajo sobre sí mismo, el trabajo sobre grupos de alumnos es un trabajo sobre el grupo al cual uno mismo perteneció y el trabajo en una institución no puede dejar de implicar a las instituciones de las que se forma parte. Pero además, la manera en como hemos vivido un determinado proceso educativo, nos determina en la observación de qué se hará de tal o cual fenómeno educativo; la forma de tratar la relación que se establece con los alumnos estará marcada por esa historia personal del proceso educativo en que se ha participado y don-

de se ha construido una determinada subjetividad.

Lo mostrado por la subjetividad rescata que, más allá de las buenas intenciones o de la voluntad existen determinaciones implícitas algunos prefieren llamarlas inconscientes que no solamente están presentes sino que juegan un poderoso papel en la manera de observar, en aquello que es posible observar y en la manera imperceptible de reaccionar a aquello que está sucediendo. Deveraux no deja de enfatizar que la ansiedad que aparece en el investigador en ciencias sociales es efecto tanto de la ubicación del investigador en el campo específico como de lo que la situación como red de reacciones simbólicas desencadena en la historia del investigador. Por ello, toda esta información adicional, aquello que ocurre en el investigador, se constituye en una información imprescindible para comprender que puede observar el investigador y como puede observar lo que esta observando. Por último, también lo que acontece en el investigador ilustra acerca de los motivos que tiene el investigador para observar específicamente eso, lo cual está en parte determinado también por su propia historia personal; es decir, el para qué investiga debe ser así mismo investigado y construido a partir de los *lapses*, chistes, etc. Si no es posible desvincularse del objeto de estudio, si no es posible eliminar la influencia de la implicación del investigador, es imprescindible admitir que la mayor objetividad está dada por la más rica inclusión de todos los aspectos del juego correspondientes al objeto y también correspondientes al investigador, aunque pueda resultar ilusorio pretender en la práctica deslindar ambos aspectos.

Como puede apreciarse, suponer como punto de partida, que los hechos ocurren al azar que el investigador puede "elegir" prácticamente cualquier objeto de estudio, de que puede decidir acerca de un determinado paradigma para abordar el objeto de estudio, no constituye las bases del presente enfoque. El punto de partida se sitúa en otra perspectiva desde la cual es posible descubrir una lógica, una estructura que cómo el *lapses* termina imponiéndose una y otra vez, más allá de las ilusiones que puedan existir en el observador acerca de su "autonomía" con respecto al objeto de estudio.

Si esto es así, la primera actividad del investigador debe dirigirse a plantear sus implicancias es decir, lo que habitualmente se conoce como el involucramiento en el campo de estudio. Si forma parte del campo de investigación, la explicación hasta donde sea posible y hasta donde el investigador se anime a (mejor decir "pueda") profundizarla de sus determinaciones, juega un decisivo papel en la comprensión de su ubicación con respecto al objeto. Es sabido que los sociólogos, por ejemplo se acompañan en sus trabajos por una libreta de campo donde día a día van anotando su estado de ánimo, sus ocurrencias, sus sueños, sus conflictos familiares y extra familiares, sus inquietudes diarias y sus preocupaciones, etc., como una manera de historizar su tránsito por el campo de investigación. La teoría de la terapia familiar ha mostrado de varias formas

de qué manera el trabajo con familias está marcado por la propia historia familiar del investigador y se exige a trabajadores sociales y psicólogos que participen en talleres donde puedan esclarecerse a sí mismos acerca de qué modelo de familia operan y evitar así, en lo posible la inoculación de su propio modelo en aquellas familias que asisten. Si la familia es la primera institución a la que pertenecemos, la participación institucional de cualquier investigador estará determinada por dichos modelos familiares y su manera de relacionarse estará así teñida de estos esquemas.

El concepto de implicación desarrollado por el análisis institucional (6) ilustra acerca de todo este bagaje que el investigador, aunque no lo desee lo porta en el momento en que se decide a realizar una investigación. Al respecto, dice Lourau: "El concepto de implicación que tiende a tomar el puesto de la 'contratransferencia institucional' se opone radicalmente a las pretensiones de objetividad fijadas por los investigadores en ciencias sociales. (...) La implicación desea poner fin a las ilusiones e imposturas de la 'neutralidad' analítica, heredadas del psicoanálisis y más generalmente de un cientificismo sobrepasado que olvida que para el 'nuevo espíritu científico' el observador ya está implicado en el campo de la observación, que su intervención modifica el objeto de estudio, lo transforma. El analista, incluso si lo olvida, es siempre por el sólo hecho ya de su presencia, un elemento del terreno". (7) En este sentido podría concluirse que toda investigación es acción, ya que siempre la presencia del investigador modifica el campo en cuestión.



A su vez aquellos que leen informes, que evalúan proyectos, que deciden sobre líneas de investigación y que realizan planificaciones sociales, también realizar una lectura de los datos desde su particular implicancia y si su intervención decide acerca de la realización o no de un determinado proyecto, no se debe a su condición de técnicos neutrales, ajenos al proyecto o con mayor o menor conocimiento o desconocimiento directo del tema. Se debe simple y sencillamente al lugar social que ocupan, vale decir, a la posibilidad que tienen de ejercer el poder de manera directa.

En suma, el desarrollo de una cultura indagativa en educación, jerarquiza un abanico de posibilidades sobre temas a ser in-

vestigados en los diversos campos que articulan el fenómeno educativo. Pero a todos ellos, subyace un común denominador que es aquél que no se menciona explícitamente, pero que en el decir de los autores que fundamentan esta postura, implica la figura misma del investigador, sus curiosidades, sus inclinaciones, sus inquietudes, historia personal y familiar, su pertenencia institucional y su participación en grupos. Por tanto, toda investigación en educación no puede dejar de comenzar por la persona misma del investigador.

BIBLIOGRAFIA

- (1) Schaff, Adam, Historias y verdad, México Grijalbo, 1974. Capítulo "La relación cognoscitiva. El proceso de su conocimiento. La verdad." El autor minuciosamente discute los 3 modelos de conocimiento, sus aportaciones y sus incongruencias articuladas con los criterios de verdad que implica cada uno.
- (2) Devereaux, George, De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento, Siglo XXI, México, 1977. Este trabajo, absolutamente central para discutir el problema de la implicación del investigador, estudia las repercusiones (ansiedad) en el investigador de los datos que recolecta en su búsqueda y de cómo dicha ansiedad se convierte en el dato. El autor sostiene que dicha "distorsión" en el proceso de recolección de datos (producidos por la ansiedad) es el camino para la objetividad por cuanto forma parte del objeto de estudio.
- (3) Piaget, Jean. Psicología y epistemología, Barcelona, Ariel, 1973. Cap. Sobre "el mito del origen sensorial de los conocimientos científicos." En este capítulo, Piaget critica frontalmente la concepción espiritual de la ciencia mostrando la importancia de la función operatoria en el acto de conocer y acerca de cómo se produce el pasaje de los datos. (Hechos) a las generalizaciones (nociones). Abundantes ejemplos de la construcción del conocimiento de los niños ilustran su

razonamiento. Algunas de sus conclusiones se podría visualizar en la sig. Cita: "El vicio fundamentalmente de una tal interpretación espírita es olvidar la actividad del sujeto. El progreso de los conocimientos es obra de una indiscutible unión entre la experiencia y la deducción." P.26.

(4) Bourdieu, Pierre, et al. El oficio de sociólogo, Buenos Aires.-S. XXI, 1975. En la segunda parte desarrolla el tema " la construcción del objeto" en la que discute la concepción espírita del objeto y el problema de la falsa neutralidad de las técnicas.

(5) El imaginario social es un tema de acuciante actualidad. Por él se entiende toda la problemática que delimita el proyecto social, la memoria colectiva y sus determinaciones en una determinada idea de nación, etc. Cuando en La Sagrada Familia, Carlos Marx planteaba "No se trata de lo que directamente se imagine tal o cual proletario, o incluso el proletariado entero. Se trata de lo que es y de lo que históricamente se verá obligado a hacer

por ese ser", se estaba refiriendo a la imaginación, es decir a lo que voluntaria e inconscientemente el individuo puede imaginarse. Ahora bien, estudios más recientes han demostrado que esta representación que tienen los sujetos sociales de sí mismos es una fantasía inconsciente ya que remite a escenas y modos de relación. Dicho fantasma social configura un poderoso motor de acción, vale decir, la manera en cómo los sujetos se cuentan su propia historia determina su historia, condiciona las posibilidades presentes de accionar. Por ello, a nivel social resulta tan importante el trabajo con grupos y con instituciones donde pueden leerse las características del imaginario del grupo y de la institución, pero también de la sociedad de la cual forma parte. Al respecto ver

Baczko, Bronislaw, Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas, Nueva Visión, Buenos Aires, 1991.

Barembliitt, Gregorio, et al., El inconsciente institucional, Nuevo Mar, México, 1983.

Castoriadis, Cornelius, La institución imaginaria de la ciudad, Tusquets, Barcelona, 1983.

Kaës, René et al., La institución y las instituciones, Paidós, Buenos Aires, 1989.

Yerushalmi, Yosef, et al., Usos del olvido, Nueva Visión, Buenos Aires, 1989.

(6) Hess Remi, Las implicaciones del Sociólogo, El análisis institucional, Campo Abierto, de., Madrid, 1977. El texto se centra en la reflexión sobre el concepto de implicación en sociología. Ver también un clásico sobre el tema: Félix Guattari, Psicoanálisis y Transversalidad, Siglo XXI, México, 1976, en el que se desarrolla el concepto de transversalidad como un atravesamiento estructural de los socio-institucional en la verticalidad (intrasubjetividad) y en la horizontalidad (intersubjetividad).

(7) Lourau, René, Objeto y método del análisis institucional, El análisis institucional, Campo Abierto, de., Madrid, 1977. Se trata de un artículo central para comprender la propuesta innovadora del análisis institucional con respecto a la sociología positivista, su metodología de análisis y las propuestas de intervención social.

CAMPESINOS

Roturamos la selva
trabajando tanto y durante tanto,
que sin sentir pasamos del cansancio a la muerte,

sin explicación alguna,
apremio de maíz
de luna y humo,
juego donde se apostó el dinero

dormidos, descansamos, bajo cobija de tierra...

Alejandro Chao Barona